Paul de Man
(Bélgica, 1919-EE.UU., 1983)

Aunque nace, cursa estudios e inicia su carrera en Bélgica, Paul de Man alcanza una verdadera trascendencia como teórico y crítico de la literatura, a partir de la década de los setenta, en los Estados Unidos, donde se estableció en 1948. Junto a eminentes críticos como Harold Bloom, Geoffrey Hartman y J. Hillis Miller, que se aglutinan en la Universidad de Yale justamente por ese decenio, y que realizan una importante obra teórica con una orientación afín al desconstruccionismo de Jacques Derrida, sobresale De Man, quien permanece en esa institución académica como profesor hasta la fecha de su muerte. No fue un autor prolífico, tres volúmenes de ensayos fundamentales contienen las líneas más importantes de su pensamiento: *Blindness and Insight: Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism*, 1971/ *Visión y ceguera, ensayos sobre la retórica en la crítica contemporánea,* 1991; *Allegories of Readings: Figural Language in Rousseau, Nietzsche, Rilke and Proust,* 1979 [Alegorías de la lectura], y *The Resistance to Theory*, 1986/ *La resistencia a la teoría*, 1990.

Uno de los problemas a los cuales les ha prestado atención De Man ha sido el referido a la relación entre lenguaje y realidad. Sin negar la función referencial del lenguaje, cuestiona su legitimidad como modelo para el conocimiento de la naturaleza. El nexo convencional entre la palabra y la cosa hace a la expresión lingüística muy poco fiable como medio de significar la verdad o lo real. Desde su punto de vista, la confusión entre realidad lingüística y realidad natural define a la ideología, de manera que todo estudio que ponga de manifiesto que el lenguaje no habla sino del lenguaje, se convierte en un dispositivo desarticulador de las mistificaciones ideológicas. La dimensión retórica o figural del lenguaje alcanza así un lugar privilegiado en los estudios realizados por

Paul de Man, como se puede advertir en sus libros fundamentales, aunque, obviamente, no se trata de considerar el recurso retórico en una simple función ornamental, semántica o de persuasión, sino en su carácter irreductible a un significado específico.

«La resistencia a la teoría» es una exposición sintética y clara de esas ideas y de los presupuestos teóricos de su autor. Con un procedimiento típico de su operación desconstructivista, De Man, en su intento de explicar las causas de cierta hostilidad hacia la teoría, y luego de argumentar por qué ésta puede resultar amenazadora para los académicos tradicionales y consecuentemente provocar «resistencia» por parte de ellos, cuestiona su propio análisis, y orienta una nueva argumentación hacia la constitución misma del discurso teórico, calculando entonces la posibilidad de que la resistencia a la teoría sea inherente a la disciplina en sí. Si bien el primer razonamiento considera las determinaciones ideológicas implicadas en la actitud reservada o de franco rechazo hacia la teoría literaria, el segundo lo conduce a postular que se trata de una resistencia a la dimensión retórica o tropológica del lenguaje, de una resistencia a la lectura, para concluir que aun la lectura retórica evita y resiste a la lectura que proclama que nada puede vencer la resistencia a la teoría.

«La resistencia a la teoría» (1986) ha sido tomado de Paul de Man, *La resistencia a la teoría,* traducción de Elena Elorriaga y Oriol Francés, Madrid, Visor, 1990, pp. 11-37.

La resistencia a la teoría

En un principio no era mi intención que este ensayo tratara directamente la cuestión de la enseñanza, aunque se suponía que tendría una función didáctica y educativa que no consiguió tener. Fue escrito a petición del Committee on Research Activities de la Modern Language Association, como contribución a un volumen colectivo titulado *Introduction to Scholarship in Modern Languages and Literatures*. Se me pidió que escribiera la sección sobre teoría literaria. Se espera que ensayos así sigan un programa claramente determinado: se supone que deben ofrecer al lector una lista selecta y abarcadora de las principales tendencias y publicaciones del área, sintetizar y clasificar las principales zonas problemáticas, y presentar una proyección crítica y programática de las soluciones que cabe esperar en un futuro previsible. Todo esto con una clara conciencia de que diez años después se le pedirá a alguien que repita el mismo ejercicio.

Me resultó difícil cumplir, con un mínimo de buena fe, los requisitos de este programa y sólo pude intentar explicar, con la mayor concisión posible, por qué el principal interés teórico de la teoría literaria consiste en la imposibilidad de su definición. El Comité juzgó con razón que ésta era una forma poco propicia de lograr los objetivos pedagógicos del volumen y encargó otro artículo. Consideré su decisión totalmente justificada, así como interesante por lo que implicaba respecto de la enseñanza de la literatura.

Digo esto por dos razones. Primero, para explicar los vestigios del encargo original que hay en el artículo, que explican lo torpe que resulta el intento de ser más retrospectivo y general que cuanto uno puede legítimamente aspirar a ser. Pero, segundo, porque el apuro también revela una cuestión de interés general: la de la relación entre la investi-

gación *(scholarship)* (la palabra clave en el volumen de MLA), la teoría y la enseñanza de la literatura.

A pesar de opiniones demasiado simplistas, la enseñanza no es principalmente una relación intersubjetiva entre personas, sino un proceso cognitivo en el que uno mismo y el otro se relacionan sólo tangencialmente y por contigüidad. La única docencia que merece tal nombre es la investigadora, no la personal; las diversas analogías entre la enseñanza y el *show business* o las tareas de guía y consejero son, en la mayoría de los casos, excusas por haber abandonado la tarea. La investigación tiene que ser, por principio, eminentemente enseñable. En el caso de la literatura, una investigación tal afecta al menos a dos áreas complementarias: los datos históricos y filológicos, en cuanto condición preparatoria para la comprensión, y los métodos de lectura e interpretación. Esta última es, desde luego, una disciplina abierta que, sin embargo, puede aspirar a evolucionar por medios racionales, pese a las crisis internas, las controversias y las polémicas. En cuanto reflexión controlada sobre la formación del método, la teoría demuestra acertadamente ser por entero compatible con la enseñanza, y se puede pensar en numerosos e importantes teóricos que son o fueron también investigadores. Surge la duda sólo si se produce una tensión entre los métodos de comprensión y el conocimiento que dichos métodos nos permiten lograr. Si realmente hay algo en la literatura como tal que permite una discrepancia entre verdad y método, entre *Wahrheit* y *Methode*, entonces la investigación y la teoría ya no son necesariamente compatibles. Como primera consecuencia de esta complicación, ya no se puede dar por sentada la noción de «literatura como tal», ni la distinción nítida entre historia e interpretación, puesto que un método que no puede acoplarse a la «verdad» de su objeto sólo puede enseñar ilusiones. Diversos cambios, no sólo en el escenario de lo contemporáneo sino en la larga y complicada historia de la enseñanza literaria y lingüística, revelan síntomas que sugieren que esta dificultad es un objeto de atención inherente al discurso sobre la literatura. Estas incertidumbres se hacen manifiestas en la hostilidad dirigida hacia la teoría en nombre de valo-

res éticos y estéticos, así como en los intentos de recuperación de los propios teóricos al reafirmar su propia servidumbre respecto de estos valores. El más eficaz de estos ataques denunciará la teoría como obstáculo a la investigación y consecuentemente a la enseñanza. Vale la pena examinar si es éste el caso y por qué. Porque si es así realmente, entonces es mejor fracasar enseñando lo que no debería ser enseñado que triunfar enseñando lo que no es verdad.

Una toma de postura general sobre la teoría literaria no debería, en teoría, partir de consideraciones pragmáticas. Debería tratar cuestiones como la definición de la literatura (¿qué es la literatura?), y debatir la distinción entre los usos literarios y no literarios del lenguaje, así como entre las formas artísticas literarias y las no verbales. Debería continuar con la taxonomía descriptiva de los diversos aspectos y especies de los géneros literarios y con las reglas normativas que inevitablemente han de surgir de dicha clasificación. O, si se rechaza el modelo escolástico en favor del fenomenológico, habría que intentar una fenomenología de la actividad literaria como escritura, lectura o ambas cosas, o de la obra literaria como producto, como correlato de dicha actividad. Cualquier aproximación por la que se opte (y se pueden imaginar bastantes otros puntos de partida teóricamente justificables), no hay duda de que surgirán al instante dificultades considerables, dificultades tan profundas que incluso la tarea más simple de investigación, la delimitación del *corpus* y del *état présent* de la cuestión, está destinada a acabar en confusión, no necesariamente porque la bibliografía sea muy extensa, sino porque es imposible establecer sus límites. Estas previsibles di-ficultades no han impedido a muchos de los que han escrito sobre literatura seguir caminos teóricos y no pragmáticos, a menudo con considerable éxito. Si embargo, se puede demostrar que, en todos los casos, este éxito depende del poder de un sistema (filosófico, religioso o ideológico) que puede mantenerse implícito pero que determina una concepción *a priori* de lo que es «literario» partiendo de las premisas del sistema más que de la cosa literaria misma, si dicha «cosa» existe realmente. Las reservas en cuanto a su existencia, son, por supuesto, reales, y de hecho

res éticos y estéticos, así como en los intentos de recuperación de los propios teóricos al reafirmar su propia servidumbre respecto de estos valores. El más eficaz de estos ataques denunciará la teoría como obstáculo a la investigación y consecuentemente a la enseñanza. Vale la pena examinar si es éste el caso y por qué. Porque si es así realmente, entonces es mejor fracasar enseñando lo que no debería ser enseñado que triunfar enseñando lo que no es verdad.

Una toma de postura general sobre la teoría literaria no debería, en teoría, partir de consideraciones pragmáticas. Debería tratar cuestiones como la definición de la literatura (¿qué es la literatura?), y debatir la distinción entre los usos literarios y no literarios del lenguaje, así como entre las formas artísticas literarias y las no verbales. Debería continuar con la taxonomía descriptiva de los diversos aspectos y especies de los géneros literarios y con las reglas normativas que inevitablemente han de surgir de dicha clasificación. O, si se rechaza el modelo escolástico en favor del fenomenológico, habría que intentar una fenomenología de la actividad literaria como escritura, lectura o ambas cosas, o de la obra literaria como producto, como correlato de dicha actividad. Cualquier aproximación por la que se opte (y se pueden imaginar bastantes otros puntos de partida teóricamente justificables), no hay duda de que surgirán al instante dificultades considerables, dificultades tan profundas que incluso la tarea más simple de investigación, la delimitación del *corpus* y del *état présent* de la cuestión, está destinada a acabar en confusión, no necesariamente porque la bibliografía sea muy extensa, sino porque es imposible establecer sus límites. Estas previsibles di-ficultades no han impedido a muchos de los que han escrito sobre literatura seguir caminos teóricos y no pragmáticos, a menudo con considerable éxito. Si embargo, se puede demostrar que, en todos los casos, este éxito depende del poder de un sistema (filosófico, religioso o ideológico) que puede mantenerse implícito pero que determina una concepción *a priori* de lo que es «literario» partiendo de las premisas del sistema más que de la cosa literaria misma, si dicha «cosa» existe realmente. Las reservas en cuanto a su existencia, son, por supuesto, reales, y de hecho

dan razón de la previsibilidad de las dificultades a las que acabamos de aludir: si la condición de existencia de una entidad es en sí misma particularmente crítica, entonces la teoría de esta entidad está destinada a caer en lo pragmático. La difícil e irresuelta historia de la teoría literaria indica que esto es realmente lo que pasa con la literatura, de un modo aún más manifiesto que en otros sucesos verbalizados, como los chistes, por ejemplo, o incluso los sueños. El intento de tratar la literatura teóricamente bien podría resignarse a aceptar el hecho de que debe comenzar por consideraciones pragmáticas.

Hablando pragmáticamente, pues, sabemos que ha habido durante los últimos quince o veinte años un fuerte interés por algo llamado teoría literaria y que, en Estados Unidos, este interés a veces ha coincidido con la importación y recepción de influencias extranjeras, principalmente europeas continentales, aunque no siempre. También sabemos que esta ola de interés parece ir recediendo, a medida que cierto hartazgo y decepción suceden al entusiasmo inicial. Estos movimientos de marea son bien naturales, pero no dejan de tener interés, en este caso, porque ponen muy de manifiesto la profundidad de la resistencia a la teoría literaria. En cualquier situación de angustia se repite la estrategia de desactivar lo que considera amenazante, mediante magnificación o minimización, atribuyéndole pretensiones de poder a cuya altura nunca va a llegar. Si a un gato se le llama tigre es fácil desestimarlo como tigre de papel: la cuestión sigue siendo, sin embargo, por qué uno estaba tan asustado del gato, para empezar. La misma táctica funciona de modo inverso: llamando ratón a un gato y riéndonos de él por su pretensión de ser poderoso. En lugar de hundirnos en este remolino polémico, tal vez sería mejor llamar gato al gato y documentar, por brevemente que fuera, la versión contemporánea de la resistencia a la teoría en este país.

Las tendencias predominantes en la crítica literaria norteamericana anterior a la década de los sesenta no eran adversas a la teoría, si por teoría se entiende el enraizamiento de la exégesis literaria y de la evaluación crítica en un sistema de alguna generalidad conceptual. Incluso los más intuitivos y contenidos, empírica y teóricamente, de los que

escribían sobre literatura, utilizaban una mínima serie de conceptos (tono, forma orgánica, alusión, tradición, situación histórica, etcétera) de al menos cierto alcance general. En muchos otros casos, el interés por la teoría se expresaba y practicaba públicamente. Una metodología común, en términos generales, y más o menos abiertamente proclamada, vincula entre sí libros de texto tan influyentes en este período como *Understanding Poetry* (Brooks y Warren), *Theory of Literature* (Wellek y Warren) y *The Fields of Light* (Reuben Brower), u obras teóricamente orientadas, tales como *The Mirror and the Lamp*, *Languages as Gesture* y *The Verbal Icon.*[a]

Pero, con la posible excepción de Kenneth Burke y, en algunos aspectos, de Northrop Frye, ninguno de esos autores se habría considerado a sí mismo un teórico en el sentido del término posterior a 1960, ni tampoco su obra provocó reacciones tan fuertes, positivas o negativas, como las provocadas por los teóricos posteriores. Había polémicas, sin duda, y diferencias de enfoque que abarcaban un amplio espectro de divergencias, pero nunca se puso seriamente en tela de juicio el programa fundamental de los estudios literarios ni el tipo de talento y de preparación que para ellos se requería. Los puntos de vista del *new criticism* se adaptaron sin dificultad alguna a los *establishments* universitarios, sin que sus cultivadores tuvieran que traicionar su sensibilidad literaria de ningún modo; muchos de sus representantes siguieron con éxito una carrera de poetas o novelistas paralela a sus actividades universitarias. Tampoco experimentaron dificultades con respecto a una tradición nacional que, aunque ciertamente menos tiránica que las europeas correspondientes, es, sin embargo, más poderosa. La perfecta encarnación del *new criticism* sigue siendo, en muchos aspectos, la personalidad e ideología de T.S. Eliot, una combinación de talento original, cultura tradicional, ingenio verbal y seriedad moral, una mezcla anglo-americana de buenos modales intelectuales no tan reprimidos como para no ofrecer atisbos seductores, profundidades psíquicas y políticas más oscu-

[a] De M.H. Abrams, R.P. Blackmur y M.K. Wimsatt, respectivamente. *(T.)*

ras, pero sin romper la superficie de un ambivalente decoro que tiene sus propias complacencias y seducciones. Los principios normativos de este ambiente literario son culturales e ideológicos más que teóricos, orientados hacia la integridad de un yo social e histórico en lugar de hacia la coherencia impersonal que la teoría requiere. La cultura permite cierto grado de cosmopolitismo, y de hecho aboga por él, y el espíritu literario del mundo universitario norteamericano de la década de los cincuenta no era provinciano en absoluto. No le era difícil apreciar y asimilar productos excelentes de espíritu afín originarios de Europa: Curtius, Auerbach, Croce, Spitzer, Alonso, Valéry, y también, con excepción de algunas de sus obras, J.P. Sartre. La inclusión de Sartre en esta lista es importante, ya que indica que el código cultural dominante que tratamos de evocar no puede ser simplemente asimilado a una polaridad política de izquierda y derecha de profesores y no profesores, de Greenwich Village y Gambier, Ohio. Las publicaciones de orientación política y predominantemente no profesionales, de las que la *Partisan Review* de los años cincuenta sigue siendo el mejor ejemplo, no estaban situadas en auténtica oposición (si damos cabida a todas las reservas y distinciones que son del caso) con los métodos del *new criticism*. El amplio —aunque negativo— consenso que une a estas tendencias e individuos extremadamente diversos es su común resistencia a la teoría. Este diagnóstico se ve corroborado por los argumentos y complicidades que han salido a la luz desde entonces en una oposición más elocuente al adversario común.

El interés de estas consideraciones sería con mucho anecdótico (tan ligero es el impacto histórico de los debates literarios del siglo XX), si no fuese por las implicaciones teóricas de la resistencia a la teoría. Las manifestaciones locales de esta resistencia son a su vez lo suficientemente sistemáticas como para merecer nuestro interés.

¿Qué es lo que está amenazado por los modos de acercarse a la literatura que se desarrollaron durante los años sesenta y que ahora, bajo diversas designaciones, forman el mal definido y a veces caótico campo de la teoría literaria? Estos acercamientos no pueden ser simple-

mente asignados a cualquier método o país particular. El estructuralismo no era la única tendencia que dominaba el escenario, ni siquiera en Francia, y el estructuralismo, como la semiología, son inseparables de tendencias anteriores en el dominio eslavo. En Alemania los principales impulsos han surgido de otras direcciones, desde la escuela de Frankfurt a los marxistas más ortodoxos, desde la fenomenología post-husserliana a la hermenéutica post-heideggeriana, con sólo incursiones menores hechas por el análisis estructural. Todas estas tendencias han tenido su parte de influencia en los Estados Unidos, en combinaciones más o menos productivas con preocupaciones de raíz nacional. Sólo una visión de la historia nacional o personalmente competitiva desearía jerarquizar movimientos tan difíciles de etiquetar. La posibilidad de hacer teoría literaria, que de ningún modo se debe dar por sentada, ha pasado a ser una cuestión conscientemente meditada y aquellos que más han progresado en esta cuestión son las fuentes de información más controvertidas, pero también las mejores. Esto incluye a bastantes nombres asociados de algún modo con el estructuralismo, definido de un modo lo suficientemente amplio como para incluir en él a Saussure, Jakobson y Barthes, así como a Greimas y Althusser, esto es, definido de un modo tan amplio que pierde su significación como término histórico utilizable.

Se puede decir que la teoría literaria aparece cuando la aproximación a los textos literarios deja de basarse en consideraciones no lingüísticas, esto es, históricas y estéticas, o, de un modo algo menos tosco, cuando el objeto de debate ya no es el significado o el valor sino las modalidades de producción y de recepción del significado y del valor previas al establecimiento de éstas, lo cual implica que este establecimiento es lo suficientemente problemático como para requerir una disciplina autónoma de investigación crítica que considere su posibilidad y su posición. La historia literaria, incluso considerándola a la máxima distancia de los lugares comunes del historicismo positivista, es todavía la historia de un entendimiento cuya posibilidad no se cuestiona. La cuestión de la relación entre la estética y el significado es más compleja, ya que

la estética aparentemente tiene que ver con el *efecto* del significado en vez de con su contenido *per se*. Pero la estética es, de hecho —desde su desarrollo inmediatamente anterior a Kant y con él—, un fenomenalismo de un proceso de significado y comprensión, y puede ser ingenua por cuanto postula (como su nombre indica) una fenomenología del arte y de la literatura que bien puede ser lo que esté en tela de juicio. La estética es parte de un sistema universal de filosofía en vez de una teoría específica. En la tradición filosófica del siglo XIX, el reto de Nietzsche al sistema erigido por Kant, Hegel y sus sucesores es una versión de la cuestión general de la filosofía. La crítica de Nietzsche a la metafísica incluye, o parte de, lo estético, y lo mismo podría decirse de Heidegger. La invocación de prestigiosos nombres de filósofos no da a entender que el actual desarrollo de la teoría literaria sea una consecuencia lateral de especulaciones filosóficas más amplias. En algunos raros casos parece existir un nexo directo entre la filosofía y la teoría literaria. Más frecuentemente, sin embargo, la teoría literaria contemporánea es una versión relativamente autónoma de cuestiones que también aparecen, en un contexto diferente, en la filosofía, aunque no necesariamente de una forma más clara y rigurosa. La filosofía, en Inglaterra al igual que en el continente, está menos liberada de modelos tradicionales que lo que a veces sus exponentes pretenden creer, y el lugar prominente, aunque nunca dominante, de la estética entre los principales componentes del sistema, es una parte constitutiva de este sistema. Por tanto, no es sorprendente que la teoría literaria contemporánea haya surgido fuera de la filosofía y, a veces, en rebelión consciente contra el peso de su tradición. La teoría literaria bien puede haberse vuelto un objeto de interés legítimo de la filosofía, pero no puede ser asimilada a ella, ni basándose en hechos ni teóricamente. Contiene un momento necesariamente pragmático que la debilita como teoría, pero que añade un elemento subversivo de impredictibilidad y la convierte en una especie de comodín en el serio juego de las disciplinas teóricas.

El advenimiento de la teoría, la ruptura que ahora se deplora tan a menudo y que la sitúa aparte de la historia literaria y de la crítica litera-

ria, tiene lugar con la introducción de la terminología lingüística en el metalenguaje sobre la literatura. Por terminología lingüística se entiende una terminología que designa la referencia antes que designar al referente y tiene en cuenta, en la consideración del mundo, la función referencial del lenguaje, o, para ser más explícitos, que considera la referencia como una función del lenguaje y no necesariamente como una intuición. La intuición implica necesariamente percepción, conciencia, experiencia, y conduce de inmediato al mundo de la lógica y de la comprensión con todos sus correlatos, entre los que la estética ocupa un lugar prominente. El supuesto de que puede haber una ciencia del lenguaje que no sea necesariamente una lógica lleva al desarrollo de una terminología que no es necesariamente estética. La teoría literaria contemporánea toma la alternativa en ocasiones tales como la aplicación de la lingüística saussureana a los textos literarios.

La afinidad entre la lingüística estructural y los textos literarios no es tan obvia como puede parecer ahora, con la percepción retrospectiva de la historia. Peirce, Saussure, Sapir y Bloomfield no se ocuparon, en un principio, de la literatura en absoluto, sino de las bases científicas de la lingüística. Pero el interés por la semiología en filólogos como Roman Jakobson o en críticos literarios como Roland Barthes, revela la atracción natural de la literatura hacia una teoría de los signos lingüísticos. Al considerar el lenguaje como un sistema de signos y de significación en lugar de una configuración establecida de significados, se desplazan o suspenden las barreras tradicionales entre los usos literarios y presumiblemente no literarios del lenguaje y se libera al *corpus* del peso secular de la canonización textual. Los resultados del encuentro entre la semiología y la literatura fueron bastante más allá que los de muchos otros modelos teóricos —filológicos, psicológicos o clásicamente epistemológicos— que los escritores sobre literatura en búsqueda de modelos tales habían probado antes. La capacidad de respuesta de los textos literarios al análisis semiótico es visible en el hecho de que, mientras otros acercamientos no eran capaces de ir más allá de observaciones que podían ser parafraseadas o traducidas en términos

de conocimiento común, estos análisis revelaban configuraciones que sólo podían ser descritas en términos de sus propios aspectos, específicamente lingüísticos. La lingüística de la semiología y la de la literatura tienen aparentemente algo en común que sólo su común perspectiva puede detectar y que les pertenece distintivamente a ellas. La definición de este algo, a menudo referido como literariedad, se ha convertido en el objeto de la teoría literaria.

La literariedad, sin embargo, se malentiende a menudo de un modo que ha provocado gran parte de la confusión que domina la polémica de hoy. Se supone con frecuencia, por ejemplo, que la literaturiedad es otra palabra para designar la respuesta estética, u otro modo de ella. El uso, en conjunción con literariedad, de términos tales como estilo y estilística, forma o incluso «poesía» (como en «la poesía de la gramática»), todos los cuales tienen fuertes connotaciones estéticas, ayuda a alimentar esta confusión, incluso entre aquellos que primero pusieron el término en circulación. Roland Barthes, por ejemplo, en un ensayo apropiada y reveladoramente dedicado a Roman Jakobson, habla en forma elocuente de la búsqueda por parte del escritor de una perfecta coincidencia entre las propiedades fónicas de una palabra y su función significante.

> También nos gustaría insistir en el cratilismo del nombre (y del signo) en Proust... Proust ve la relación entre el significante y el significado como motivada, uno copiando al otro y representando en su forma material la esencia significante de la cosa (y no la cosa misma)... Este realismo (en el sentido escolástico del término), que concibe los nombres como «copia» de las ideas, ha tomado, en Proust, una forma radical. Pero bien se puede uno preguntar si esto no está más o menos conscientemente presente en toda la escritura y si es posible ser escritor sin algún tipo de creencia en la relación natural entre los nombres y las esencias. La función poética, en el sentido más amplio del término, sería así definida por una conciencia crítica cratiliana del signo, y el escritor sería el

encargado de transportar este mito secular que quiere que el lenguaje imite a la idea y que, en contra de las enseñanzas de la ciencia lingüística, cree que los signos son motivados.[1]

En la medida que el cratilismo supone una convergencia de los aspectos fenoménicos del lenguaje, como el sonido, con su función significante como referente, es una concepción orientada estéticamente. De hecho, y sin distorsión, se podría considerar la teoría estética, incluyendo su formulación más sistemática con Hegel, como el despliegue completo de aquel modelo del cual la concepción cratiliana del lenguaje es una versión. La referencia algo críptica de Hegel a Platón en la *Estética*, bien puede ser interpretada en este sentido. Barthes y Jakobson a menudo parecen invitar a una lectura puramente estética, y sin embargo hay una parte de su afirmación que se mueve en la dirección opuesta, ya que la convergencia de sonido y significado celebrada por Barthes en Proust, y, como Gérard Genette ha mostrado decisivamente,[2] más tarde desmantelada por Proust mismo como una tentación seductora para mentes oscurecidas, también se considera aquí un mero *efecto* que el lenguaje puede lograr perfectamente, pero que no guarda ninguna relación sustancial, por analogía o por imitación de base ontológica, con nada más allá de ese particular efecto. No es una función estética sino retórica del lenguaje, un tropo identificable (la paronomasia) que opera al nivel del significante y que no contiene ninguna declaración responsable sobre la naturaleza del mundo, a pesar de su fuerte potencial para crear la ilusión opuesta. La fenomenalidad del significante, como sonido, está incuestionablemente implicada en la correspondencia entre el nombre y la cosa nombrada, pero el nexo, la relación entre la palabra y la cosa, no es fenoménica sino convencional.

Esto libera, en forma considerable, al lenguaje de limitaciones referenciales, pero lo hace epistemológicamente muy sospechoso y vo-

[1] Roland Barthes, «Proust et les noms», en *To Honor Roman Jakobson*, La Haya, Mouton, 1967, parte I, pp. 157-158.

[2] «Proust et le langage indirect», en *Figures II*, París, Seuil, 1969.

látil, porque ya no puede decirse que su uso esté determinado por consideraciones de verdad y falsedad, bien y mal, belleza y fealdad o dolor y placer. Siempre que se puede revelar por medio del análisis este potencial autónomo del lenguaje, estamos tratando con la literariedad y, de hecho, con la literatura como el lugar donde se puede encontrar este conocimiento negativo sobre la fiabilidad de la enunciación lingüística. La consiguiente puesta en primer plano de los aspectos materiales, fenoménicos, del significante, crea una fuerte ilusión de seducción estética en el mismo momento que la función estética real ha sido, como mínimo, suspendida. Es inevitable que la semiología o los métodos orientados de forma semejante sean considerados formalistas, en el sentido de estar valorizados estética en lugar de semánticamente, pero la inevitabilidad de dicha interpretación no la hace menos aberrante. La literatura implica el vaciado, no la afirmación, de las categorías estéticas. Una de las consecuencias de esto es que, mientras que hemos estado acostumbrados tradicionalmente a leer la literatura por analogía con las artes plásticas y la música, ahora debemos reconocer la necesidad de un momento no perceptivo, lingüístico en la pintura y en la música, y aprender a *leer* cuadros en lugar de *imaginar* significados.

Si la literariedad no es una cualidad estética, tampoco es principalmente mimética. La mimesis se vuelve un tropo entre otros, donde el lenguaje decide imitar una entidad no verbal como la paronomasia «imita» un sonido sin ninguna pretensión de identidad (o reflexión sobre la diferencia) entre los elementos verbales y los no verbales. La representación más engañosa de la literariedad, y también la objeción más repetida a la teoría literaria contemporánea, la considera como puro verbalismo, una negación del principio de realidad en nombre de ficciones absolutas, y por razones que se dice son ética y políticamente vergonzosas. El ataque refleja la ansiedad de los agresores en lugar de la culpabilidad del acusado. Al aceptar la necesidad de una lingüística no fenoménica, el discurso sobre la literatura se libera de oposiciones ingenuas entre la ficción y la realidad, que son en sí mismas fruto de una concepción del arte acríticamente mimética. En una semiología au-

téntica, así como en otras teorías lingüísticamente orientadas, no se niega la función referencial del lenguaje ni mucho menos; lo que se cuestiona es su autoridad como modelo para la cognición fenoménica o natural. La literatura es ficción no porque de algún modo se niegue a aceptar la «realidad», sino porque no es cierto *a priori* que el lenguaje funcione según principios que son los del mundo fenoménico o que son *como* ellos. Por tanto, no es cierto *a priori* que la literatura sea una fuente de información fiable acerca de otra cosa que no sea su propio lenguaje.

Sería desacertado, por ejemplo, confundir la materialidad del significante con la materialidad de lo que significa. Esto parece ser suficientemente obvio al nivel de la luz y del sonido, pero lo es menos con respecto a la más general fenomenalidad del espacio, del tiempo o especialmente del yo. Nadie en su sano juicio intentará cultivar uvas por medio de la luminosidad de la palabra «día», pero es difícil no concebir la forma de nuestra existencia pasada y futura de acuerdo con esquemas temporales y espaciales que pertenecen a narrativas de ficción y no al mundo. Esto no significa que las narrativas ficticias no sean parte del mundo y de la realidad; puede que su impacto en el mundo sea demasiado fuerte para nuestro gusto. Lo que llamamos ideología es precisamente la confusión de la realidad lingüística con la natural, de la referencia con el fenomenalismo. De ahí que, más que cualquier otro modo de investigación, incluida la economía, la lingüística de la literariedad sea un arma indispensable y poderosa para desenmascarar aberraciones ideológicas, así como un factor determinante para explicar su aparición. Aquellos que reprochan a la teoría literaria el apartar los ojos de la realidad social e histórica (esto es, ideológica), no hacen más que enunciar su miedo a que sus propias mistificaciones ideológicas sean reveladas por el instrumento que están intentando desacreditar. Son, en resumen, muy malos lectores de *La ideología alemana* de Marx.

En estas demasiado sucintas evocaciones de argumentos que han sido hechos más extensa y convincentemente por otros, empezamos a percibir algunas de las respuestas a la pregunta inicial: ¿qué hay de amenazador en la teoría literaria para que provoque resistencia y ataques

fuertes? Desbarata ideologías arraigadas revelando la mecánica de su funcionamiento, va contra una poderosa tradición filosófica de la que la estética es una parte destacada, desordena el canon establecido de las obras literarias y desdibuja los límites entre el discurso literario y el no literario. Por implicación, puede también revelar los nexos entre ideologías y filosofía. Todas estas son razones suficientes para sospechar, pero no una respuesta satisfactoria a la pregunta. Pues hace que la tensión entre la teoría literaria contemporánea y la tradición de los estudios literarios parezca un mero conflicto histórico entre dos modos de pensamiento que comparten accidentalmente el escenario al mismo tiempo. Si el conflicto es meramente histórico, en sentido literal, es de un interés histórico limitado, una borrasca pasajera en el clima intelectual del mundo. De hecho, los argumentos a favor de la legitimidad de la teoría literaria son tan poderosos que parece inútil preocuparse por el conflicto. Verdaderamente ninguna de las objeciones a la teoría, presentadas una y otra vez, siempre mal informadas o basadas en graves malentendidos de términos como mimesis, ficción, realidad, ideología, referencia y aun pertinencia, puede decirse que tenga un auténtico interés retórico.

Puede ser, sin embargo, que el desarrollo de la teoría literaria esté sobredeterminado por complicaciones intrínsecas a su proyecto mismo y desestabilizadoras con respecto a su estatus en cuanto disciplina científica. La resistencia puede ser un constituyente inherente a su discurso, de un modo que sería inconcebible en las ciencias naturales e inmencionable en las ciencias sociales. Puede ser, en otras palabras, que la oposición polémica, la incomprensión y tergiversación sistemáticas, las objeciones carentes de sustancia pero eternamente reiteradas, sean los síntomas desplazados de una resistencia inherente a la empresa teórica misma. Pretender que esto fuera motivo suficiente para plantearse no hacer teoría literaria sería como rechazar la anatomía porque no ha logrado curar la mortalidad. El auténtico debate de la teoría literaria no es con sus oponentes polémicos, sino con sus propios supuestos y posibilidades metodológicos. En vez de preguntar por qué la teoría literaria es

amenazadora, quizá deberíamos preguntar por qué le es tan difícil cumplir su cometido, y por qué cae tan fácilmente en el lenguaje de la autojustificación o de la autodefensa, o en la sobrecompensación de un utopismo programáticamente eufórico. Esta inseguridad respecto de su propio proyecto requiere autoanálisis, si se quieren comprender las frustraciones que acompañan a los que la practican, incluso cuando parecen vivir seguros de sí mismos en serenidad metodológica. Y si estas dificultades son realmente parte integrante del problema, tendrán que ser, hasta cierto punto, ahistóricas, en el sentido temporal del término. La forma como aparecen en la escena literaria aquí y ahora, en cuanto resistencia a la introducción de terminología lingüística en el discurso estético e histórico sobre la literatura, es sólo una versión particular de una cuestión que no se puede reducir a una situación histórica específica ni llamar moderna, posmoderna, posclásica o romántica (ni siquiera en el sentido hegeliano del término), aunque su modo compulsivo de imponérsenos bajo la especie de un sistema de periodización histórica es ciertamente parte de su naturaleza problemática. Estas dificultades pueden leerse en el texto de la teoría literaria siempre, en cualquier momento histórico que se elija. Uno de los logros principales de las actuales tendencias teóricas es haber restaurado alguna conciencia de este hecho. Las teorías literarias clásica, medieval y renacentista se leen ahora frecuentemente de un modo que sabe lo que hace lo suficiente como para no desear llamarse «moderno».

Volvemos, pues, a la pregunta de origen, en un intento de ampliar la discusión lo bastante como para inscribir la polémica en la pregunta, en vez de hacer que la determine. La resistencia a la teoría es una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje. Es, por tanto, una resistencia al lenguaje mismo o a la posibilidad de que el lenguaje contenga factores o funciones que no puedan ser reducidos a la intuición. Pero parece ser que suponemos demasiado fácilmente que cuando nos referimos a algo llamado «lenguaje» sabemos de qué estamos hablando, aunque probablemente no haya ninguna palabra en el lenguaje que sea tan evasiva, esté tan sobredeterminada y desfigurada y sea tan desfigurante

como «lenguaje». Incluso si optamos por considerarla a una distancia prudencial de cualquier modelo teórico, en la historia pragmática del «lenguaje», no en cuanto concepto, sino en cuanto tarea didáctica que ningún ser humano puede evitar, pronto nos encontramos de frente con enigmas teóricos. El más familiar y general de los modelos lingüísticos, el clásico *trivium*, que considera a las ciencias del lenguaje como compuestas por la gramática, la retórica y la lógica (o la dialéctica), es, de hecho, un conjunto de tensiones no resueltas, lo bastante poderoso para haber generado un discurso infinitamente prolongado de frustración sin fin, del que la teoría literaria contemporánea, incluso en su forma más segura de sí, es un capítulo más. Las dificultades se extienden a las articulaciones internas entre las partes constituyentes, así como a la articulación entre el campo del lenguaje y el conocimiento del mundo en general, el nexo entre el *trivium* y el *quadrivium* que cubre las ciencias no verbales del número (aritmética), del espacio (geometría), del movimiento (astronomía) y del tiempo (música). En la historia de la filosofía, esta conexión se logra tradicional, así como sustancialmente, por medio de la lógica, el área donde el rigor del discurso lingüístico sobre sí mismo corre parejo con el rigor del discurso matemático sobre el mundo. La epistemología del siglo XVII, en el momento que la relación entre la filosofía y las matemáticas es particularmente estrecha, presenta al lenguaje de lo que llama geometría (*mos geometricus*), y que de hecho incluye la homogénea concatenación de espacio, tiempo y número, como modelo único de coherencia y economía. El razonamiento *more geometrico* se dice que resulta «prácticamente el único modo de razonamiento que es infalible, porque es el único que se adhiere al método verdadero, mientras que todos los otros participan, por necesidad natural, de un grado de confusión del que sólo las mentes geométricas son conscientes».[3] Éste es un ejemplo claro de la interconexión entre una ciencia del mundo fenoménico y una ciencia del lenguaje concebi-

[3] Blaise Pascal, «De l'esprit géométrique et de l'art de persuader», en *Oeuvres complètes*, ed. L. Lafuma, París, Seuil, 1963, pp. 349 y ss.

da como lógica definicional, como condición previa para un razonamiento axiomático-deductivo y sintético correcto. La posibilidad de tal libre circulación entre la lógica y las matemáticas tiene su propia, compleja y problemática historia. Así como sus equivalencias contemporáneas con unas matemáticas y una lógica diferentes. Lo que importa para nuestro argumento presente es que la articulación de las ciencias del lenguaje con las matemáticas representa una versión particularmente convincente de una continuidad entre una teoría del lenguaje, como la lógica, y el conocimiento del mundo fenoménico al que las matemáticas dan acceso. En este sistema, el lugar de la estética está prefijado en el modelo del *trivium* y no es de ningún modo ajeno a él, si la prioridad de la lógica no se cuestiona. Pues, incluso si se supone, a efectos del argumento y contra gran cantidad de datos históricos, que el vínculo entre las ciencias naturales y la lógica es seguro, queda abierta la cuestión, dentro de los confines del *trivium* mismo, de la relación entre la gramática, la retórica y la lógica. Y éste es el punto en que la literariedad, el uso del lenguaje que coloca en primer plano a la función retórica sobre la gramática y la lógica, interviene como elemento decisivo pero desestabilizador que, en diversos modos y aspectos, trastorna el equilibrio interno del modelo y, por consiguiente, también su extensión externa al mundo no verbal.

La lógica y la gramática parecen tener una afinidad bastante natural entre sí y, en la tradición lingüística cartesiana, los gramáticos de Port-Royal no tuvieron dificultad en ser también lógicos. La misma pretensión existe hoy en métodos y terminologías muy diferentes que, sin embargo, mantienen la misma orientación hacia la universalidad que la lógica comparte con la ciencia. Respondiendo a aquellos que oponen la singularidad de textos específicos a la generalidad científica del proyecto semiótico, A.J. Greimas discute el derecho a usar la dignidad de la gramática para describir una lectura que no tuviera un compromiso de universalidad. Aquellos que tienen dudas sobre el modelo semiótico, escribe, «postulan la necesidad de construir una gramática para cada texto particular. Pero la esencia *(le propre)* de una gramática es su capa-

cidad para explicar un gran número de textos, y el uso metafórico del término... no esconde el hecho de que se haya abandonado, en la práctica, el proyecto semiótico».[4] No hay duda de que lo que aquí prudentemente se llama «un gran número» implica al menos la esperanza de un futuro modelo que sería, de hecho, aplicable a la generación de todos los textos. De nuevo, no es nuestro propósito ahora discutir la validez de este optimismo metodológico, sino simplemente ofrecerlo como ejemplo de la persistente simbiosis entre la gramática y la lógica. Está claro que, tanto para Greimas como para toda la tradición a la que pertenece, las funciones gramaticales y lógicas del lenguaje son co-extensas. La gramática es un isótopo de la lógica.

De ahí que, mientras permanezca basada en la gramática, cualquier teoría del lenguaje, incluyendo una literaria, no amenace lo que consideramos el principio subyacente de todos los sistemas lingüísticos, cognitivos y estéticos. La gramática está al servicio de la lógica que, a su vez, permite el paso al conocimiento del mundo. El estudio de la gramática, la primera de las *artes liberales*, es la condición previa necesaria para el conocimiento científico y humanístico. En tanto que deje este principio intacto, no hay nada amenazante en la teoría literaria. La continuidad entre la teoría y el fenomenalismo es afirmada y preservada por el sistema mismo. Las dificultades se dan sólo cuando deja de ser posible ignorar el empuje epistemológico de la dimensión retórica del discurso, esto es, cuando deja de ser posible mantenerlo en su lugar como un mero adjunto, un mero ornamento dentro de la función semántica.

La incierta relación entre la gramática y la retórica (a diferencia de la relación entre la gramática y la lógica) es evidente, en la historia del *trivium*, en la incierta posición de las figuras de lenguaje o tropos, un componente del lenguaje que está a caballo de la discutida frontera entre las dos áreas. Los tropos solían formar parte del estudio de la gramática, pero también eran considerados el agente semántico de la función

[4] A.J. Greimas, *Du Sens*, París, Seuil, 1970, p. 13.

específica (o efecto) que la retórica cumple como persuasión y como significado. Los tropos, a diferencia de la gramática, pertenecen primordialmente al lenguaje. Son funciones de producción textual que no siguen necesariamente el modelo de una entidad no verbal, mientras que la gramática es, por definición, capaz de generalización extralingüística. La tensión latente entre la retórica y la gramática se precipita en el problema de la lectura, el proceso que necesariamente participa de ambas. Resulta que la resistencia a la teoría es, de hecho, una resistencia a la lectura, una resistencia que tiene quizás su forma más eficaz, en los estudios contemporáneos, en las metodologías que se llaman a sí mismas teorías de la lectura pero que evitan la función que proclaman como su objeto.

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que el estudio de los textos literarios es necesariamente dependiente de un acto de lectura, o cuando afirmamos que este acto es sistemáticamente dejado de lado? Ciertamente algo más que la tautología de que uno tiene que haber leído al menos algunas partes, por pequeñas que sean, de un texto (o haber leído alguna parte, por pequeña que sea, de un texto sobre un texto) para ser capaz de hacer una afirmación sobre él. Por muy común que pueda ser, la crítica de oídas sólo rara vez se considera ejemplar. Recalcar la necesidad, en absoluto evidente, de la lectura implica al menos dos cosas. Primero, implica que la literatura no es un mensaje transparente en el que se puede dar por hecho que la distinción entre el mensaje y los medios de comunicación está claramente establecida. En segundo lugar, y más problemáticamente, implica que la decodificación de un texto deja un residuo de indeterminación que tiene que ser, pero que no puede ser, resuelto por medios gramaticales, por muy lato que sea el modo en que éstos se conciban. La extensión de la gramática hasta incluir dimensiones para-figurales es de hecho la estrategia más notable y debatible de la semiología contemporánea, especialmente en el estudio de estructuras sintagmáticas y narrativas. La codificación de elementos contextuales más allá de los límites sintácticos de la frase lleva al estudio sistemático de dimensiones de la metáfrasis, y ha afinado y amplia-

do considerablemente el conocimiento de los códigos textuales. Está igualmente claro, sin embargo, que esta extensión va siempre estratégicamente dirigida hacia la sustitución de figuras retóricas por códigos gramaticales. Esta tendencia a reemplazar una terminología retórica por una gramatical (hablar de hipotaxis, por ejemplo, para designar tropos anamórficos o metonímicos) es parte de un programa explícito, un programa cuya intención es completamente admirable ya que tiende hacia el dominio y el esclarecimiento del significado. El reemplazo de un modelo hermenéutico por uno semiótico, de la interpretación por la decodificación, representaría, en vista de la desconcertante inestabilidad de los significados textuales (incluidos, por supuesto, los de los textos canónicos), un progreso considerable. Muchas de las vacilaciones asociadas con la «lectura» podrían desaparecer así.

Se puede argüir, sin embargo, que ninguna decodificación gramatical, por muy refinada que sea, puede pretender alcanzar las dimensiones figurales de un texto. Hay elementos en todos los textos que no son de ningún modo agramaticales, pero cuya función semántica no es gramaticalmente definible, ni en sí misma ni en contexto. ¿Tenemos que interpretar el genitivo, en el título del poema épico inconcluso de Keats, *The Fall of Hyperion*, como «La caída de Hiperión» *(Hyperion's Fall),* en el sentido de la derrota de un poder viejo por uno nuevo, la historia fácilmente reconocible de la que Keats realmente partió pero de la que se fue alejando progresivamente, o como «Hiperión cayendo», la evocación mucho menos específica pero más perturbadora de un proceso real de caída, independientemente de su principio, su fin o de la identidad del ente al que acontece dicha caída? Esta historia se narra en el fragmento tardío titulado *The Fall of Hyperion*, pero nos habla de un personaje que se parece a Apolo en lugar de a Hiperión, el mismo Apolo que, en la primera versión (llamada *Hyperion)* debería erguirse claramente triunfante en lugar de caer, si Keats no se hubiera visto obligado a interrumpir, sin razón aparente, la historia del triunfo de Apolo. ¿Nos dice el título que Hiperión está caído y que Apolo se mantiene erguido, o nos dice que Hiperión y Apolo (y Keats, a quien es

difícil distinguir a veces de Apolo) son intercambiables al estar todos ellos necesaria y constantemente cayendo? Ambas lecturas son gramaticalmente correctas, pero es imposible decidir a partir del contexto (la narración que le sigue) qué versión es la correcta. El contexto narrativo no se ajusta a ninguna de ellas y se ajusta a las dos al mismo tiempo, y uno se ve tentado de sugerir que el hecho de que Keats fuera incapaz de completar ninguna de ellas manifiesta la imposibilidad para él, así como para nosotros, de leer su propio título. Se podría leer la palabra Hiperión en el título *The Fall of Hyperion* figuradamente o, si se desea, intertextualmente, refiriéndose no al personaje histórico o mitológico sino al título de la historia del texto temprano de Keats *(Hyperion)*. Pero, ¿estamos contando entonces la historia del fracaso del primer texto como el éxito del segundo, la Caída de *Hyperion* como el Triunfo de *The Fall of Hyperion*? De modo manifiesto sí, pero no del todo, ya que el segundo texto también fracasa, al no ser concluido. O, ¿estamos contando la historia de por qué se puede decir siempre que todos los textos, como textos, están cayendo? De modo manifiesto sí, pero tampoco del todo, ya que la historia de la caída de la primera versión, según es contada en la segunda, sólo es aplicable a la primera versión y no se puede leer legítimamente de modo que signifique también la caída de *The Fall of Hyperion*. La indeterminación concierne a la posición figurada o literal del nombre propio Hiperión así como del verbo caer, y es, por tanto, cuestión de figuración y no de gramática. En «La caída de Hiperión», la palabra «caída» es plenamente figurada, la representación de una caída figural, y nosotros, como lectores, leemos esta caída de pie. Pero en «Hiperión cayendo» no sucede esto tan claramente, ya que, si Hiperión puede ser Apolo y Apolo puede ser Keats, entonces él también puede ser nosotros y su caída figurada (o simbólica) se vuelve su caída literal y la nuestra también. La diferencia entre las dos lecturas está ella misma estructurada como un tropo e importa mucho cómo leemos el título, como ejercicio no sólo de semántica, sino respecto de lo que el texto realmente hace con nosotros. Enfrentados a la ineludible necesidad de llegar a una decisión, ningún análisis gramatical o lógico nos puede

ayudar a tomarla. Como Keats tuvo que interrumpir su narrativa, el lector tiene que interrumpir su comprensión en el mismo momento que está más directamente implicado y atraído por el texto. Mal puede uno encontrar solaz en esta «temible simetría» entre la condición del autor y la del lector, puesto que, llegando a este punto, la simetría no es ya una trampa formal sino real y la cuestión no es ya «meramente» teórica.

Este deshacer la teoría, o este deshacerse la teoría a sí misma, esta alteración del estable campo cognitivo que se extiende de la gramática a la lógica y a la ciencia general del hombre y del mundo fenoménico puede, a su vez, ser convertido en un proyecto teórico de análisis retórico que revelará la inadecuación de los modelos gramaticales de no-lectura. La retórica, por su relación activamente negativa con la gramática y la lógica, deshace las pretensiones del *trivium* (y, por extensión, del lenguaje) de ser una construcción epistemológicamente estable. La resistencia a la teoría es una resistencia a la dimensión retórica o tropológica del lenguaje, una dimensión que quizás se halle más explícitamente en primer plano en la literatura (concebida de modo amplio) que en otras manifestaciones verbales, o —por ser menos vago— que puede ser revelada en cualquier acontecimiento verbal cuando es leído textualmente. Puesto que la gramática, al igual que la figuración, es parte integral de la lectura, se sigue que la lectura será un proceso negativo en el cual la cognición gramatical queda deshecha en todo momento por su desplazamiento retórico. El modelo del *trivium* contiene en su interior la pseudodialéctica de su propio deshacerse, y su historia nos cuenta la historia de esta dialéctica.

Esta conclusión permite una descripción algo más sistemática de la escena teórica contemporánea. Esta escena está dominada por un mayor hincapié en la lectura como problema teórico o, como a veces se expresa erróneamente, por un mayor hincapié en la recepción que en la producción de textos. Es en este ámbito donde se han dado los intercambios más fructíferos entre escritores y publicaciones de diversos países y donde se ha desarrollado el diálogo más interesante entre la teoría literaria y otras disciplinas, en las artes así como en la lingüística,

en la filosofía y en las ciencias sociales. Un *informe* claro sobre el estado presente de la teoría literaria en los Estados Unidos tendría que destacar el hincapié en la lectura, una tendencia que ya está presente, además, en la tradición del *new criticism* de las décadas de los cuarenta y cincuenta. Los métodos son ahora más técnicos, pero el interés contemporáneo por una poética de la literatura está claramente unido, de modo bastante tradicional, a los problemas de la lectura. Y, como los modelos que se están usando ya no son *simplemente* intencionales y centrados en un yo *(self)* identificable, ni *simplemente* hermenéuticos en la postulación de un solo texto original, prefigural y absoluto, parecería que esta concentración en la lectura tendría que llevar al redescubrimiento de las dificultades teóricas asociadas con la retórica. Tal es en efecto el caso, hasta cierto punto, pero no por completo. Quizá el aspecto más aleccionador de la teoría contemporánea sea el refinamiento de las técnicas por medio de las cuales la amenaza inherente en el análisis retórico se evita en el mismo momento que la eficacia de estas técnicas ha progresado tanto que los obstáculos retóricos para la comprensión no pueden ser ya erróneamente traducidos a lugares comunes temáticos y fenoménicos. La resistencia a la teoría, que, como vimos, es una resistencia a la lectura, aparece en su forma más rigurosa y teóricamente elaborada entre los teóricos de la lectura que dominan la escena teórica contemporánea.

Sería un proceso relativamente fácil, aunque largo, mostrar que esto se aplica a los teóricos de la lectura que, como Greimas o, a un nivel más refinado, Riffaterre o, en un modo muy diferente, H.R. Jauss o Wolfgang Iser —todos los cuales ejercen una influencia decidida, aunque a veces oculta, en la teoría literaria en este país—, están comprometidos con el uso de modelos gramaticales o, en el caso de la *Rezeptionsästhetik*, con los modelos hermenéuticos tradicionales que no dan cabida a la problematización del fenomenalismo de la lectura y, por tanto, permanecen confinados acríticamente en una teoría de la literatura enraizada en la estética. Un argumento así sería fácil de hacer porque, una vez que el lector se hace consciente de las dimensiones

retóricas de un texto, no tiene dificultad en encontrar ejemplos textuales que son irreductibles a la gramática o a un significado históricamente determinado, con tal de que esté dispuesto a reconocer lo que forzosamente tiene que notar. El problema se convierte pronto en el más desconcertante de tener que dar cuenta de la compartida desgana a reconocer lo obvio. Pero el argumento sería largo porque tiene que entablar un análisis textual que no puede evitar ser algo elaborado. Se puede sugerir sucintamente la indeterminación gramatical de un título como *The Fall of Hyperion*, pero confrontar un enigma tan irresoluble con la recepción y la lectura críticas del texto de Keats requiere algún espacio.

La demostración es menos fácil (aunque quizás menos laboriosa) en el caso de los teóricos de la lectura que evitan la retórica tomando otro giro. En los últimos años hemos sido testigos de un intenso interés por ciertos elementos del lenguaje cuya función no sólo es independiente de cualquier forma de fenomenologismo, sino también de cualquier forma de cognición, y que así pospone la consideración de tropos, ideologías, etcétera, o los excluye de una lectura que sería principalmente performativa. En algunos casos se reintroduce un nexo entre la actuación, la gramática, la lógica y el significado referencial estable, y las teorías resultantes (como en el caso de Ohmann) no son esencialmente distintas de los gramáticos y semiólogos confesos. Pero los más astutos practicantes de la teoría de la lectura basada en los actos de habla evitan esa recaída e insisten acertadamente en la necesidad de mantener la actuación real de los actos de habla, que es convencional en lugar de cognitiva, separada de sus causas y efectos (se trata de mantener, en su terminología, la fuerza ilocutiva separada de su función perlocutiva). La retórica, entendida como persuasión, queda enérgicamente desterrada (como Coriolano) del momento performativo y exiliada en el área afectiva de la perlocución. Stanley Fish lo expone de modo convincente en un ensayo magistral.[5] Lo que despierta sospechas en esta conclu-

[5] Stanley Fish, «How to Do Things with Austin and Searle: Speech Act Theory and Literary Criti-cism», en MLN 91 (1976), pp. 983-1025. Ver especialmente p. 1008.

sión es que relega la persuasión, que realmente es inseparable de la retórica, a un ámbito puramente afectivo e intencional y no deja lugar para modos de persuasión que no son menos retóricos ni menos operativos en los textos literarios, pero que son del orden de la persuasión por *demostración* y no de la persuasión por seducción. Así, es posible vaciar la retórica de su impacto epistemológico sólo porque se ha dado un rodeo en torno a sus funciones figurales, tropológicas. Es como si, volviendo un momento al modelo del *trivium*, la retórica pudiera ser aislada de la generalidad que la gramática y la lógica tienen en común, y considerada como mero correlato de un poder ilocutivo. La ecuación de la retórica con la psicología en vez de con la epistemología abre tristes perspectivas de banalidad pragmática que son tanto más tristes cuando se comparan con la brillantez del análisis performativo. Las teorías de la lectura de los actos de habla repiten de hecho, de un modo mucho más eficaz, la gramaticalización del *trivium* a costa de la retórica, ya que la caracterización de lo performativo como mera convención lo reduce, en efecto, a un código gramatical entre otros. La relación entre tropo y actuación es realmente más estrecha, pero más perturbadora que lo que aquí se propone. Tampoco se capta apropiadamente esta relación haciendo referencia a un aspecto supuestamente «creativo» de la actuación, noción de la que Fish acertadamente discrepa. El papel performativo del lenguaje puede decirse que es posicional, lo cual difiere considerablemente de «convencional», así como de «creativamente» (o, en el sentido técnico, intencionalmente) constitutivo. Las teorías de la lectura orientadas hacia el acto de habla leen sólo en tanto que preparan el camino para la lectura retórica que evitan.

Pero esto mismo seguiría siendo válido incluso si se pudiera concebir una lectura «verdaderamente» retórica que estuviera libre de cualquier fenomenalización indebida o de cualquier codificación gramatical o performativa indebida de un texto, cosa que no es necesariamente imposible y hacia la que los métodos y fines de la teoría literaria deberían encaminarse ciertamente. Dicha lectura parecería realmente el desmontarse metódico de la construcción gramatical y, en su desarti-

culación sistemática del *trivium*, sería teóricamente válida así como eficaz. Las lecturas retóricas técnicamente correctas pueden ser aburridas, monótonas, previsibles y desagradables, pero son irrefutables. Son también totalizadoras (y potencialmente totalitarias), ya que, como las estructuras y funciones que exponen no llevan al conocimiento de una entidad (como el lenguaje), sino que son un proceso no fiable de producción de conocimiento que impide que todas las entidades, incluidas las lingüísticas, entren en el discurso como tales, son realmente universales *(they are indeed universal),* modelos coherentemente deficientes de la imposibilidad del lenguaje de ser un lenguaje modelo. Son, siempre en teoría, el modelo teórico y dialéctico más elástico para acabar con todos los modelos, y con razón pueden afirmar que contienen en sus propias deficientes mismidades todos los otros modelos deficientes de evasión de la lectura, sean referenciales, semiológicos, gramaticales, performativos, lógicos o cualesquiera otros. Son teoría y al mismo tiempo no son teoría, la teoría universal de la imposibilidad de la teoría. En tanto que son teoría, sin embargo, esto es, lecturas retóricas enseñables, generalizables y altamente sensibles a la sistematización, las lecturas retóricas, como las de otro tipo, aún resisten y evitan la lectura por la que abogan. Nada puede superar la resistencia a la teoría, ya que la teoría misma es esta resistencia. Cuanto más elevados sean los fines y mejores los métodos de la teoría literaria, menos posible se vuelve ésta. Con todo, la teoría literaria no está en peligro de hundirse; no puede sino florecer y, cuanta más resistencia encuentra, más florece, ya que el lenguaje que habla es el lenguaje de la autorresistencia. Lo que sigue siendo imposible de decidir es si este florecimiento es un triunfo o una caída.